

Tiempo de utopías

¡Liberté! ¡Égalité! ¡Fraternité!

Fernando Morlanes Remiro

Disquisiciones sentimentales sobre la deshumanización de la “inmensa mayoría”



Grupo 3 (Carmelo Méndiz)

Triste, como un chucho abandonado. Yo que pensaba volver a soñar de nuevo... Esta noche he apagado la luz, incluso he cerrado los ojos totalmente dispuesto a vivir mi sueño o, al menos, a perseguirlo hasta la muerte; pero una inmensa masa de esas que llaman “mayorías” se ha apoderado de mi espacio, me ha forzado a seguir el camino que más aborrecía.

Total, que Blas de Otero está de moda (aunque solo sea por el centenario), así que he pensado en él; y he reflexionado sobre su grito concluyendo en que la paz y la palabra tienen más de utopía que de paz y de palabra —sobre todo, cuando se dirigen a la “inmensa mayoría”—. ¿Qué pensaría hoy nuestro poeta sobre esa “inmensa mayoría”? o mejor ¿Qué no pensaría? Él, que regalaba a

esa vasta masa todos sus versos “por un hombre en paz”, no pudo hacerlo, pues, al salir a la calle “comprendió y rompió todos sus versos”.

No es de extrañar y, ante este hecho, no podemos sonreír mientras con un gesto soberbio fingimos comprender, con un gesto soberbio nos apiadamos de esa “inmensa mayoría” o miramos a no se sabe que masa por encima del hombro.

Dentro de esa masa, dentro de esa *inmensa mayoría* vivimos nosotros. Cada uno de nosotros pertenecemos a ella, porque en la inmensidad cabe el infinito; vamos, en la inmensidad caben todos los universos y, por supuesto, nosotros no estamos fuera. Entonces, vamos a incluirnos todos entre esa “inmensa mayoría” que no nos deja soñar, que nos arrebató todas las esperanzas, que nos recuerda que la humanidad se deja guiar siempre por sus egoísmos (si estos no suponen riesgo alguno para nuestro estado).

Así pues, porque nos da la gana, nos ubicamos siempre lejos de nuestras utopías y, por supuesto, olvidamos las comunes. Si no, decidme, dónde han quedado aquellos principios inamovibles de nuestra civilización occidental: ¡*Liberté!* ¡*Égalité!* ¡*Fraternité!*

La libertad está bien, siempre y cuando no nos moleste la del vecino y tengamos suficiente capital para poder permitirnosla, y solo si ello no incomoda a los poderes financieros o al mercado. Sobre la libertad está siempre el orden establecido y, claro, establecemos el que más conviene al poder. Poder que trabaja para que nos sintamos inseguros, de modo que se pueda establecer la prioridad de la seguridad por delante de la libertad. En fin, sobre la imposible existencia de la libertad en nuestra sociedad podrían escribirse muchos libros.

La igualdad es un bonito principio —una de nuestras metas más soñada—, si no fuera porque nos encanta nombrar las cosas y clasificarlas y decidir qué cosa es mejor que otra. Ser iguales equivale a no tener identidad propia. Y eso, para nosotros es una barbaridad; por lo que decidimos que no tenemos más remedio que ser distintos a los demás. Intentaré explicarme. A nuestra “inmensa mayoría” —de la que formamos parte— no le interesa vivir sin competir; hay que distinguirse, de eso trata la vida. Lo más que nos acercamos hacia la igualdad

es con esas ganas insólitas de pegarnos a la multitud que señalaba *Baudelaire*; porque, sin multitud, ¿quién va reconocer nuestra diferencia? Es un verdadero dislate, refugiarnos en la masa para apostar por nuestras diferencias.

La fraternidad nos brinda la oportunidad de encontrarnos espiritual e intelectualmente, lo que produce un entendimiento verdaderamente solidario. Esto es, la fraternidad nos empuja a compartir todo, a tener todo en común. Cuestión que es repudiada por la ciudadanía compuesta por individualidades que compiten por diferenciarse de los otros en todos los sentidos, pero, sobre todo, en lo material refugiándose en la hipocresía de la caridad.

“ Contra la fraternidad el egoísmo y la avaricia; contra la igualdad el desprecio a los diferentes; contra la libertad el miedo. ”

Así, pues, vivimos contradiciendo constantemente aquellos principios inamovibles que definen nuestra civilización occidental, que señalan nuestras utopías. Utopías que, de alcanzarse, nos obligarían a vivir en paz sin necesidad de ser compasivos con quienes, tal vez, habrían dejado de sufrir; aunque hay abundante literatura dirigida a demostrar la inclinación de las utopías conseguidas (no hay ninguna que se sepa) hacia el estatismo, hacia la paralización de la historia. Esa opinión, en otro sentido igual de horrible, parece coincidir con la visión del neoliberalismo más posmodernista que, de algún modo, coloca al mundo capitalista representando una imagen utópica y vencedora tras el fin de los grandes discursos y la posterior caída del muro. Pero tenemos que tener en cuenta que, como todos los totali-

tarismos, esta sociedad capitalista que nos oprime nos muestra la imagen de una distopía totalmente opuesta a las mencionadas consignas y metas de la Revolución Francesa: Contra la fraternidad el egoísmo y la avaricia; contra la igualdad el desprecio a los diferentes; contra la libertad el miedo. Una distopía que vive al amparo de sus dioses: Mercado, competitividad, propiedad privada, orden y poder financiero, entre otros. Nuestra sociedad, cada día más oscura e inhumana, nos considera meras partidas contables, productos con los que especular y producir transacciones comerciales. Han potenciado el individualismo de la “inmensa mayoría” en la que estamos inmersos (tal vez, contradictorio) con burdas manipulaciones filosóficas, como la reducción del significado de la frase de Horacio, *carpe diem*, sin pensar que sin pasado y sin futuro el presente carece de sentido. Sin horizonte no hay camino y la presente distopía nos tiene paralizados, niega la posibilidad de la existencia, no ya de la utopía, sino de cualquier intento de nacimiento de un mínimo sueño colectivo. Desde nuestro increíble individualismo estamos construyendo el totalitarismo más horrible, aquel que nos impide sentirnos al lado de nuestros semejantes.

Ya veis, así somos y así estamos todos engullidos por esa “inmensa mayoría” a la que todos pertenecemos y que nos tiene atados, estáticos, impidiéndonos soñar. Creo que estamos viviendo, por cobardía, el más vomitivo y despreciable de los totalitarismos imaginables. Porque hemos conocido otras dictaduras monstruosas, bárbaras, alienantes; pero no tanto como la que nace directamente de la hipocresía de la humanidad ¿Seremos capaces de abandonar esa miserable “inmensa mayoría”? ¿Sería tan bello poder soñar de nuevo! ¡Ah, si Blas de Otero pudiese volver a salir a la calle sin romper todos sus versos!